

INTRODUCCIÓN

A través de la historia, por miles de años, el hombre ha dejado su huella por todos los caminos. No sólo con la palabra escrita, sino en huesos y caracoles, y en cuevas donde la fantasía del pintor de la prehistoria dejó constancia de hombre y fieras en singular policromía. La vida del hombre se intuye como acumulación de riqueza en el ser y en el hacer, y cada individuo erguido en dos pies para lanzar la piedra, la flecha, la lanza o el disparo del arma de fuego, es una faceta llena de luces, conduciéndonos de la mano por las sombras del ayer, con vocación para entregar a los demás algo de su propia vida, sirviendo de ejemplo y advertencia, de estímulo o enseñanza, de fracaso o de renovación de vida, en un proceso interminable.

La historia, contada así, tiene predilección por figuras de gran relieve, cambiando el curso del mundo. Desfile de figuras resplandeciente, donde caras, gestos y actitudes se ocultan en ropajes de elegancia y se dejan de lado o rasgos humanos de quien pasó por el camino.

Junto con los personajes revestidos de metales brillantes y capas de armiño hay otros, no por humildes menos cargados de energía vital. Cuanta riqueza se encuentra en la vida de gente sencilla y, sin embargo, ejemplificante y rica en sus esencias. Es como pasar frente a deslumbrantes pomos en donde creemos encontrar raros perfumes e inquietantes olores, olvidando el triste y pequeño frasco colocado en un rincón de la rebotica, con la sorpresa de encontrarlo colmado del más bello aroma.

Cada hombre, en los millones de habitantes del planeta, tiene la historia de su paso por la vida, y no se requiere conquistar otros mundos, ni viajar a las estrellas, no se maestro de toga y birrete en la Universidad más distinguida, ni mandar ejércitos ni construir catedrales. Son vidas simples, llenas de historia.

PEDRO F. QUINTANILLA COFFIN. (1914-1992)



1990. Presentación del libro *El otro mundo*. Lic. Bertha Alicia Cantú, Lic. Pedro F. Quintanilla Coffin, Lic. César Lucio Coronado, Salvatore Sabella y Jesús Garza Hernández.

Nápoles

Cuando se me pregunta dónde nació, acude a mi mente el Paraíso. Vine al mundo en Nápoles, una de las más antiguas ciudades del orbe, trofeo de vencedores a través de su historia, llena de luces y de encanto como muchas poblaciones de Italia. En el curso de los siglos, pasando por infinidad de etnias como Fenicios, Griegos, Romanos, Franceses, Austríacos, Españoles entre otras. Por todo lo anterior descrito Nápoles es mezcla de cuanto pueda existir en el espíritu humano para buscar la felicidad en la tierra. Dueña de un hermoso puerto, ayer recalcaban en él naves guerreras y barcos de mercancías y hoy lo hacen con la complacencia del paisaje y las gaviotas, veleros y buques de turismo.

Para quien abre los ojos aquí encuentra natural pasar frente a viejos fuertes, altas murallas, monumentos a reyes y gobernantes y cuanto puede haber en un lugar donde el hombre convive con los otros muchos en un escaparate sin paralelo.

Geográfica, histórica, y culturalmente de las más importantes del Viejo Mundo. Nápoles se recuesta al sur de la bota itálica, bañada por el mar azul del Tirreno y frente al Vesubio, rodeada de islas, Capri e Isquia, cuya belleza y placidez invitan a vivir por siempre en ellas. Un bello arcoíris de villas campiranas la rodean, Sorrento, Positano, Ravello, Amalfí, Herculano y Pompeya.

Escritores y poetas han hecho referencia a ella en todos los tiempos. Llegó a ser uno de los centros más importantes del mundo de la cultura y las bellas artes, maestros, músicos, pintores y escultores la enaltecieron y el tiempo no ha sido capaz de lastimarla con su clima ideal, su sol siempre hermoso, su luna clara y sus estrellas brillando por la noche, como la lluvia del infinito. Ciudad de prosperidad y de miseria, de conflictos armados de unos contra otros, de abusos de los fuertes e inconformidad de los débiles, ha sido víctima de invasiones bélicas o pacíficas, campo de cultivo de buenas y malas costumbres, a veces se ha aposentado en ella la ignorancia o el fanatismo, pero nunca ha perdido el napolitano su espíritu alegre y aventurero, soñando en nuevos horizontes no sólo para lograr felicidad humana. A cuantos lo abandonan los castiga con una nostalgia incapaz de dominar y vuelven, vuelven siempre, como si nunca la hubieran dejado.

Muchos historiadores han recopilado su importancia histórica desde su fundación en el siglo VI, A.C. Realizada por un grupo de hombres, provenientes de la Isla Eubea, la mas grande de la Grecia Oriental del Mar Egeo. Neapolis así llamada: como Ciudad Nueva, era habitada por tribus aborígenes llamados oscos, como también samnitas. Localizados preferentemente en la parte alta de la ciudad, debido a constantes aluviones. Todos luchaban entre si, buscando hegemonía territorial. La importancia adquirida no podía escaparse a los romanos que en el año 326 A.C., la conquistaron dejando usos, costumbres, como su idioma griego de origen. Con una población de 30 mil habitantes aproximadamente, se tienen noticias durante la época pagana y después de la erupción del Vesubio en el año 79 con la destrucción de Herculano y Pompeya, época en que se hizo presente la primera comunidad cristiana perseguida y martirizada por todos los emperadores romanos hasta Diocleciano. El panorama cambio con el emperador Constantino que, con el edicto de Milán en el año 306 la declara religión de estado.

Con la caída del último emperador romano, Rómulo Agústulo en el año 476, exiliado en Nápoles, misma que se adhirió al nuevo imperio romano de oriente. Pero como Bizancio estaba muy lejos, la ciudad fue ocupada por los godos.

Durante el año 536 los Bizantinos se hicieron presentes, reconquistando la ciudad de dominada por los godos (barbaros del norte). Posteriormente tuvieron que luchar con otros invasores con esta victoria los Bizantinos establecieron su dominio por cinco siglos, desde el año 661 hasta 1137, época en que se da inició a la era Ducal, presidida por 37 Ducas de Bizancio, hasta Sergio VII, todos nombrados desde la época del emperador Constante II.

Posteriormente se hicieron presente los normandos, provenientes de la región del norte de Francia, que eran de orígenes escandinavos, mercenarios, guerreros y barbaros. Le siguieron los suevos, desde 1197 hasta 1351. Terminaron su dominio con la decapitación de su joven Rey Corradino De Svevia. Con la presencia de Carlos II Dangió, quien fuera el primero de los cuatro reyes de la dinastía angioina, dominante hasta 1382. Les siguieron los los angio de Durazzo con tres reyes. La dinastía catalana aragonesa con siete reyes. La dinastía austriaca española con cinco reyes. La dinastía capetiana con una.

Los Saboya con uno. La Austria Asburgo con uno. La dinastía borbona fareense con dos. La época napoleónica con dos. La dinastía borbónica II con cuatro reyes, en total Nápoles fue reinada por 30 reyes, desde 1265 hasta 1861.

Con el advenimiento de la unidad de Italia consumada el 20 de septiembre de 1870 con Roma capital de Italia, Nápoles siguió siendo reinada por los últimos cuatro reyes de la casa de los Saboya, hasta el referéndum ganado por la República en el año 1946.

Por todos los acontecimientos históricos descritos en forma sintetizada cabe precisar que Nápoles en épocas anteriores fue una de la ciudad mas importantes y codiciadas por todos los países dominantes desde tiempos remotos.

Mis primeros pasos

Si la infancia es una etapa de la vida en donde el niño comienza a acumular recuerdos, casi siempre gratos, en verdad no la tuve. Fuimos cinco hijos de Vincenzo Sabella y Anna Bracale, yo el mayor, después Nicola, Carmela, María del Rosario y Vittorio Benito.

El niño ve y no pregunta. Su mundo en el patio común o la azotea de su casa. Poco a poco empieza a grabarse las imágenes. La ciudad dividida en barrios, rodeados por murallas por puertas cerradas por la noche y abiertas por la mañana. Hoy, pasados muchos años, entiendo el por qué. Era la manera de conocer el destino de quienes lo habitaban, sus movimientos por la ciudad y cuanto podía interesar a la seguridad pública. Nací en el barrio llamado de Los Milagros, pero cumplido el año mis padres cambiaron de domicilio al de la Porta de San Genaro, santo patrono de la Ciudad y Centro Histórico de la Fundación de la ciudad. Cuando se ha llegado a otras tierras, más resaltan las facetas de una infancia en donde todos compartían con todos, las tristezas y alegrías, quehaceres, afanes, ambiciones y pesares, como una gran familia.

Hurgando en mi conciencia y después de una vida complicada por la guerra y la emigración, he llegado a entender ciertos aspectos de esa dureza de mi infancia, para mi inexplicable en cuanto no había tenido la oportunidad de pensar en mis raíces.

Como es común en algunos países, era y sigue siendo característica de los vendedores ambulantes en Nápoles cantar sus vendimias. No son gritos destemplados ni llamadas urgentes para vender algo, sino la alegría de ofrecer cuanto alguno pueda desear, tal y como gorjean los pájaros en los bosques. Uno vende ostiones o mejillones, otros naranjas o manzanas, peras o uvas, el de más allá cerezas, higos de África o tunas, conocidas por higos de las indias. Pero todos cantan.

Gritos de vendedores, correr de niños, aparatos musicales a todo volumen cierta hora del día, reclamando el derecho de hacer oír por todos los rincones del mundo la canción napolitana, barrios en donde la gente brota de la tierra como cascada milagrosa de un río humano incontenible, barcos y barcas amarrados a los muelles como si no conocieran destino diferente al gozar mar y cielo, nubes y vientos, estrellas y sol, muelles llenos de vida y playas cantarinas y suaves, escuchando todavía las voces de los romanos de hace 20 siglos. ¿Eso es Nápoles? No, es mucho más, pero lo iremos descubriendo lentamente, saboreando el recuerdo de quien es también, por fortuna, víctima de la implacable nostalgia.

Recuerdos de mi infancia

Pasé mi niñez en una Italia en donde alguien quiso regresar al tiempo de los Césares, entre fanfarrias, uniformes y el paso al trote de los «*bersaglieri*», con rojas plumas de gallo en el casco y fuertes botas alpinas.

Un día llegó la guerra y barrió con la majestuosidad y la grandeza y también con la infancia, dio paso al dolor, al desastre y a la muerte. Y seguí creciendo para encontrarme pronto con extranjeros venidos del otro lado del mar y de tierras y horizontes lejanos a reconstruir una Europa hecha pedazos. Poco a poco el país se repone y el destino empieza a mover su mano para señalarme el rumbo de una nueva vida.

Mi abuela Teresa

Debo concederle lugar importante en mi infancia a mi abuela Teresa. Como muchas vidas de esa porción del mundo dividida por el Mediterráneo, muralla y puente histórico a través del tiempo, mi abuela fue un personaje en donde la fantasía y la realidad se confunden y entrelazan. Su figura pequeña y desmedrada fue en su juventud báculo de su esposo en su ceguera, ángel de la guarda de su hija y escudo de sus nietos, como si sólo viviera para cuidar de ellos. Especialmente de mí, en quien veía un hijo, no un nieto.

Cuando me vine a América mi abuela Teresa vivía. Me cuentan de sus llamados viendo al cielo, casi todos los días, clamando en voz queda pero audible, «*Salvatore, hijo mío, cuando vuelves, quiero volverte a ver*».

Ella fue así, bordón del abuelo, amparo de su hija y recuerdo permanente de sus nietos, con su voz lejana pero viva y constante como sonar de campana a través de la tierra y los vientos, presente aquí, a mi lado, a todas horas y en todo el tiempo.

Se fue a los 86 años, en lucha intensa por prolongar su vida en espera del ausente.

Ella y yo sabemos presentes, como pacto firmado con nuestra sangre.

A la escuela

En 1935, cumplí 6 años, mi madre me ingresó en la escuela elemental del barrio, Bartolomeo Capasso. Empecé a ver a mi país en forma diferente. La escuela no sólo enseña letras, dibujos y colores sino concede una nueva perspectiva al principiar la vida en común, cuando los niños se comunican con inquietudes, pláticas de familia, ideas de cómo pintar un árbol y ver el cielo, no como simple depósito de nubes corriendo lentamente por los cielos, sino también como receptáculo de cosas brillantes haciendo telón a la sonrisa de la luna. El día comenzaba como un ritual previamente establecido y lo recuerdo como si fuera hoy. Mi abuela me ponía uniforme de escolapio con mi cuello almidonado, zapatos limpios y las manos presentables.

En 1940 empezaba la Segunda Guerra Mundial. Ya no era solo el momento de estudiar, sino de sobrevivir a una de las épocas más dramáticas del mundo. Aquí empieza otra etapa de la vida de un niño, encargado por su padre de mantener la unidad de la familia, cuidarla y alimentarla mientras él regresaba de la guerra. Yo tenía 11 años, y vale la pena contar las aventuras de un muchacho de su patria, montado a caballo entre la vida y la muerte. Si alguna vez hubo infancia, terminó bruscamente con las convulsiones de la guerra.

La guerra

Si Nápoles era el paraíso, Italia fue el reinado del orgullo y del oropel, para un niño inmerso de brillantes uniformes, de milicias gritando a los cuatro vientos la emoción imperial de los césares romanos. Benito Mussolini, de cuya capacidad administrativa nadie puede dudar cuando hizo huir la flojera y convirtió el país en un enjambre de laboriosidad, fue víctima de su discípulo, don Adolfo Hitler. Quiso compartir con él el futuro de Europa y del mundo, y hundió a Italia en la negrura de la derrota.

Para cualquiera, si quiere leerlo y enterarse, no es ningún secreto la historia de esos días y las consecuencias de un error. Lo importante para esta narración es la perspectiva desde los ojos y

el entendimiento de un escolapio, alumno del internado “Instituto Vittorio Emanuele de Piazza Carlo III” ingresado en 1936. Yo creo, y lo siento como una verdad indiscutible, en un mundo de paz, en donde la gente tenga hogar y comida, respeto a su persona y a la de los demás, manera de gozar el sol del día y las noches brillantes de luna y estrellas, sin miedo para sentarse tranquilamente a enterarse de cuanto sucede. Cuando hoy vivo en México, al amparo de sus leyes, sufriendo y gozando con la vida diaria de un pueblo maravilloso por su gente y sus cosas, me estremezco si alguien habla de la violencia como sistema y la guerra como solución. No le deseo a nadie, la verdad, pasar por el calvario de una guerra, en donde el hombre es nadie y él, su familia, sus amigos, sus maestros y todo cuanto alienta a su alrededor, pueden caer hechos pedazos en un mar de sangre, dolor y de muerte.

Esa es la guerra, escenario de espanto y alacena de horrores. En un momento las fanfarrias, los uniformes, las banderas, los desfiles, las músicas y marchas militares, la pompa de las ceremonias y la arrogancia del Dictador se destrozan y caen. Cuantos, sin perder la vida, perdieron quizás algo más valioso, su bello mundo de entonces, reducido al Casermaggio, a los barrios llenos de gritos de vendedores, a los cucuruchos de castañas asadas, a la parra trepando trabajosamente por la pared para entregar sus mieles allá arriba, a las barcas meciéndose en la orilla del mar, el mundo de ayer, perdido hoy.

Nosotros, los niños de entonces, no comprendíamos los peligros de un país cuyo gobernante avanzaba sin freno a la conquista del mundo. Un poco antes, como ominoso preludio de la catástrofe final, el Dictador de Italia quiso transformar el reino en un imperio, y en noviembre de 1935 se lanzó a la conquista de Etiopía, consumada el 5 de mayo del año siguiente. Víctor Manuel III se proclamó su emperador, uniendo a Etiopía con Eritrea y la Somalia Italiana, para construir el África Oriental Italiana. Ya en ese camino, Italia y Alemania tomaron como experimento bélico a España. Como los republicanos ibéricos buscaron la colaboración de las brigadas internacionales y soviéticas. Franco contestó con hombre y armas proporcionados por Alemania e Italia.

El Gobierno de Benito Mussolini no se contentaba con querer

descollar en el campo de político militar, jugando al alimón con el señor Hitler. También la prepotencia italiana se dejó ver en el campo del deporte. El campeonato mundial profesional de fútbol de 1934 lo ganó Italia en Roma, sacándole de la bolsa a Checoslovaquia el triunfo. En 1936 ganó el campeonato olímpico de fútbol en Berlín y en 1938 ganó el campeonato profesional en Francia. O ganan o no vuelven, se los sentenció el Dictador, y ganaron.

Mussolini, halagado por tales triunfos cayó en las manos del Dictador de Alemania y siguió su suerte. La Segunda Guerra Mundial, comenzada con el ataque alemán a Polonia el 1° de Septiembre del 1939, llegó a Francia y Países Bajos, arrollando en su paso a Bélgica y Holanda, un 10 de mayo de 1940. El 10 de junio siguiente el Dictador italiano consiguió la firma del Rey Víctor Manuel III para entrar a la contienda, declarando la guerra a Francia y a sus aliados.

Al poco tiempo, Nápoles sufrió el primer bombardeo por aviones ingleses. Al principio creímos eran juegos de artificio, y después cuando nos dimos cuenta de la presencia de algo para nosotros inesperado, la guerra con toda su crueldad. Una nueva etapa de la vida de un muchacho italiano, pisando los dinteles del infierno.

Jefe de familia a los once años

Mi padre fue de los primeros llamados a filas. Lo recuerdo como si fuera hoy. Se pre-sentó por mí al Colegio y me llevó a casa. Sentenciosamente me explicó, voy a la guerra y tú te quedas al frente de la familia. Cuida a tu mamá y a tus hermanos, no te separes de ellos, fortalece la unidad y así lo hice hasta terminar la guerra. Por lo pronto, la falta de alimentos se advirtió de inmediato, todo se había racionado por el gobierno, pan, arroz, aceite, pastas, todo. Empezaban a ocurrir las primeras muertes por bombardeos. Por fortuna, mi madre seguía trabajando en el Hospital de los incurables, y de alguna, manera podía entregarnos comida de sobra. La pesadilla difícil de superar era correr a los refugios antiaéreos. Los bombardeos eran casi a diario.

El racionamiento de alimentos era muy severo. Cada día se hacía más difícil. Nápoles por su importancia portuaria, fue una ciudad muy castigada. La población civil tenía el deber de aguantar con el poco alimento otorgado por el gobierno, pues se nos decía de la imprescindible necesidad de dotar al soldado de todo lo necesario. Además se requisaba cuanto hubiere de metal, fierro, aluminio, bronce y en los parques de los barrios se amontonaba. A la gente mayor se le pedía entregara oro, joyas y hasta anillos matrimoniales.

Vivimos con azoro y hambre, viene a mi memoria la explosión del barco «Caterina Costa», producto del sabotaje, amarrado en el puerto y listo para zarpar a África, cargado hasta el tope de armas y municiones. A las cinco de la tarde de uno de los peores días recordados por los napolitanos, voló por los aires, esparciendo el fierro ardiente y metralla en un perímetro de más de 20 kilómetros. Causó cientos de muertos. Yo me salvé sin saber ni cómo. Estando en la estación del ferrocarril muy cercana al puerto, de pronto me repara debajo de un vagón estacionado en el andén. El espectáculo era increíble y horrendo, cuerpos humanos destrozados, algunos decapitados. Nadie alcanzaba a darse cuenta del motivo de la explosión y sólo después me enteré de un posible sabotaje provocado por elementos enemigos.

Sobrevivencia en el campo

La necesidad de comer no se salvó con las hazañas médicas de mi madre ni más ni menos las mías. Mis hermanitos más pequeños requerían más cuidados, más alimentos, y me dedique a recorrer campos y pueblos vecinos, recolectando papas para llevarlas a vender a Nápoles o trocarlas por aceite, carbón, ropa, arroz o cuanto fuere posible, y mejorar nuestra economía. Es increíble la fortaleza humana, cuando a pesar de la poca edad y del hambre, el niño de 12 o 13 años es capaz de levantar y llevar a costas un costal de 20 o 30 kilos de peso. Y caminar por veredas, montes y arroyos, descubriendo aquí y allá, algo para satisfacer lo indispensable.

Me decidí a buscar un pueblo cercano al puerto, en el campo, y encontré el apoyo de una familia en Cervinara, a 50 kilómetros de Nápoles, en la provincia de Avellino lo suficientemente lejos para no ser víctimas del indiscriminado bombardeo aliado. Yo iba a Cervinara en mis correrías, buscando papas y legumbres para llevarlas a la familia y cambiarlas también por mercancías. En esas andanzas conocía a un labriego, don Pepe y a su pequeña hija Martella. Tenía un pequeño terrero y una casita desocupada, y ahí me trasladé con mi madre y mis hermanos, casi recién nacido el último, Vittorio Benito, así como mi abuela Teresa, en un carrito con un caballo, en donde puse cuantos muebles cupieron.

Para quienes no conocíamos la vida campestre fue muy difícil comenzar, pero era necesario comer. Por cierto, a unos pasos de la vivienda rentada, don Pepe tenía un cerezo. Nunca un niño había visto tanta y tan sabrosa fruta madura, me encaramé al árbol, comí cerezas desesperado y ya no pude bajarme, sino con la ayuda de don Pepe.

Me enseñe a fabricar jabón en pasta, y también aceite de ajonjolí, y todos hacíamos un arte de trueque, por ejemplo, de alimentos por ropa usada de los cadáveres del anfiteatro del Hospital de los incurables no reclamados y donados a mí por Sor Salvatorina, una inolvidable monja de la orden de Santa Juana Antida. Después de lavarla y plancharla por mi abuela, quedaba lista para usarse. Años después, cuando mi madre vino a verme a Monterrey me trajo un regalo maravilloso. Sor Salvatorina, antes de morir, le pidió entregarme su rosario monacal. Lo conservó cerca de mí como un mensaje de lo Alto. Otra monja del Hospital de los Incurables, Sor Josefina, no puedo olvidarla. Me regalaba un vaso de leche, sacada no sé de dónde, para aliviar mi hambre. Dios la tendrá en su lugar.

Mi madre solicitó en el hospital de los incurables en donde trabajaba, un año sabático, para residir en el pueblo de Cervinara con la familia. Ganaba algo de dinero inyectando y curando enfermos a domicilio y me enseñó a mí hacerlo. A tan corta edad, entré al campo de la medicina, todo para comer. Un buen día, sucedió en Cervinara una horrible desgracia, como tantas otras. Explotó un tanque de gasolina en medio del pueblo y quemó mu-

cha gente. Como los hospitales estaban muy lejos, era imposible transportar a los heridos, mi madre tuvo una brillante idea, y eso nos trajo la simpatía del pequeño lugar, pedirle a la gente cuantos huevos tuviere en la localidad para bañar a los quemados con su clara. Todavía hay niños sobrevivientes de este suceso, recordando con agradecimiento la fórmula de emergencia inventada por mi madre, para salvar vidas. De ahí en adelante nuestra casa se transformó en una improvisada clínica, y a cambio de ellos recibíamos alimento y atenciones.

Pocos meses después se agudizó la necesidad de mayores ingresos. Un buen día leí un manifiesto público en donde se necesitaban jóvenes para trabajar en las afueras de Roma para el ejército. Decidí juntarme con otros seis muchachos y emprender el viaje en un tren militar. Conseguí el consentimiento de mi madre, pues era indispensable alimentar mejor a la familia, especialmente al niño más pequeño. Sin saberlo, nos encontramos en plena faena militar con el peor de los peligros. El trabajo consistía en descargar camiones alemanes con municiones y armamento y transportarlas a una cueva, ubicada en un cerro cercano a la Ciudad Eterna. En ella, por haber sido declarada ciudad abierta, no podía ningún ejército tener armamento bélico, y de ahí la necesidad de acumularlo en las cercanías.

No duramos mucho tiempo en el trabajo, A nuestra edad, el miedo era mayor y el temor fundado a volar por los aires en un segundo nos traía el pelo de punta. A los pocos días nos escapamos una madrugada, sin dinero y sin comida, y a campo travieso llegamos a Cervinara, después de una semana de la peor caminata de mi vida. Más de 200 kilómetros sin un centavo en la bolsa, con un hambre feroz y sin poder aplacarla. Para colmo de males, al brincar un barranco me lastimé una pierna, y a pesar del dolor seguí hasta el final. Mi madre descubrió de inmediato que se trataba de una hernia inguinal, de la que fui operado después de la guerra, cuando prestaba mis servicios en la marina militar de Italia.

Era indispensable hacer algo, Martella, la niña hija de don Pepe, el labriego dueño de la casita de Cervinara y del espléndido cerezo, me consiguió trabajo en su aserradero en los montes. Ella, como todas las niñas y muchachitas de la comarca, bajaba todos

los días un gran manojo de leña en la cabeza, en esas andanzas, se presentó el armisticio.

Primera medalla “Cruz al Mérito de Guerra”

No precisamente mía, sino de mi padre, pero vino a dar conmigo de manera heredada, llenándome de orgullo.

Cuando Italia declaró la guerra el 10 de junio de 1940, mi padre ocupó su lugar en Capo Miseno, un baluarte frente al Golfo de Nápoles. Formaba parte de un arco defensivo para evitar la entrada de aviones aliados al golfo y la ciudad, como eran las islas de Procida, Ischia y Nisida. Estaba encargado, en su carácter de escucha auditiva, el tipo de motores y su nacionalidad. Se ponían audífonos y sabía si se aproximaba un Savoia-Marchetti nuestro, Stukas alemanes, Speed-Fire ingleses o fortalezas voladoras americanas.

Así lo hizo frente a mí, cuando pasaron varios meses de haberse iniciado las hostilidades fui a visitarlo a su acantonamiento. Mi madre me dio el cargo de avisarle nuestra resolución de salir de la ciudad, para instalarnos a cubierto de los diarios bombardeos, como fue nuestra estancia en Cervinara. Cierro los ojos y me veo caminando desde mi casa, junto al Hospital de los Incurables, con mis doce años de edad, subiendo lenta y alegremente el camino a la parte alta del baluarte y, por supuesto, con mi uniforme de *«balilla»*, (de infante fascista) ufano de ser parte importante de las fuerzas juveniles militares de mi país, y con el más firme deseo de impresionar a la parroquia, o sea a los amigos de mi padre en el pelotón de escuchas.

Mi padre me llevó para que viera las piezas antiaéreas y visitara el baluarte, y me explicó la importancia de estar encargado de identificar las naves aéreas enemigas, mediante los audífonos colocados en aparatos eléctricos muy sensibles y capaces de darle, a quien sabía interpretarlos, la nacionalidad de los aviones cruzando el cielo de Nápoles. Esa noche, al escuchar sus ruidos característicos, se puso los audífonos y me dijo, no hay cuidado, son aviones nuestros regresando de alguna misión. El hecho fue confirmado por el resto del equipo, y la intranquilidad desapareció.

Seguimos platicando y yo advertí de nuevos ruidos muy apagados. Y le dije a mi padre, se siguen oyendo aviones, deben ser otros de los nuestros. No, me contestó, ya pasaron los nuestros y me dio los audífonos para cerciorarme de su verdad. Para su sorpresa, le dije, oiga, ahí vienen otros, y son diferentes a los anteriores. No, me dijo, no puede ser. Mire, póngase usted los audífonos y los oirá. Y así fue. En cuanto se cercioró del hecho, pegó el grito de alarma. La sirena empezó a sonar, todos los soldados pasaron a sus puestos de combate, y empezaron a disparar sobre una flotilla enemiga aliada acercándose al puerto. Los reflectores se encendieron y el anillo defensivo abrió fuego en todos sus puntos, y se avisó a la ciudad con sirenas de alarma para lanzar a los refugios, quienes podían ser lastimados por el ataque. Gracias a esta alarma, oportunamente descubierta por mí, el ataque disminuyó en intensidad e importancia, salvándose muchas vidas, siendo derribados varios aviones y mostrándose la eficiencia de la defensa antiaérea. Por la emergencia presentada, me quedé a dormir con mi papá en el baluarte de Capo Miseno. A la mañana siguiente me despidió y le comunicó al Comandante, con orgullo, mi casual intervención. El Comandante le declaró su deseo de solicitar para él la cruz de guerra.

Durante el conflicto no la recibió, pero sí al terminar la contienda, y se llama «*Medalla de Bronce al Mérito de Guerra*», con su diploma correspondiente. Pasaron muchos años, y un día sucedió lo inesperado. En 1962, cuando invité a mis padres a venir a América y conocer México, aquí en Monterrey a la hora de la cena y en familia, mi padre me dijo, te traje algo muy especial, a ti te corresponde tenerla, pues por ti la obtuve en aquel suceso en donde tus oídos, mejores a los míos, salvaron a Nápoles de un feroz bombardeo.

De pie todos, me la colocó en el pecho, me besó en ambos carrillos como es costumbre en Italia y, muy feliz, como si estuviéramos en el teatro de la horrible matanza y destrucción de la guerra, entre quedos sollozos, me entregó su única medalla. La guardo siempre conmigo, y cuando la estrechó en mi mano, vuelven en mi memoria los recuerdos de antaño.

El armisticio

Por razón natural, en esa edad no caben rencores ni pueden tomarse las cosas malas, peligrosas o deprimentes, con la serenidad del adulto. Sin embargo, llegué a odiar a quienes, por razón de su ingrato oficio, lanzaban bombas y explosivos, indiscriminadamente sobre población civil, inerme y desfallecida, incapaz de poder evitar el tremendo daño de la violencia desatada sobre un mundo en guerra. Con la mayor amargura, no he podido borrar mi memoria la tarde aquella en Benevento, población cercana a Cervinara, tirándome a buscar refugio bajo el puente tendido sobre el río Calore, tomando como blanco por la aviación atacante. Se fue al río mi costal de papas, toda mi fortuna para llevar a mi casa algo de comer. No me importó salvar la vida, sino el infantil dolor de verme indefenso buscando refugio entre las piedras del arroyo, y sin mercancía, conseguida con tanto esfuerzo.

El control de alimentos era muy severo, todo era racionado y los carabineros podían quitarnos lo recogido en los campos, considerándolo como contrabando en perjuicio de la comunidad. Cuando trataba con algún labriego para comprarle las papas de su parcela, debía extraerlas yo mismo en la noche, y aprendí a hacerlo. Cuidando de no equivocarme en el manejo del azadón, partiendo las papas y perdiéndose el producto. El armisticio se firmó el 8 de septiembre de 1943 para terminar las hostilidades. Los norteamericanos habían desembarcado el 10 de julio anterior en Sicilia, con el General Patton a la cabeza. Posteriormente los aliados lo hicieron en Salerno con el 8o. ejército inglés de Montgomery y la Quinta Armada del General Mark Clark, a quien la historia le apunta graves y costosos errores en el manejo de su campaña, principalmente en Italia meridional. Se llega al grado de hacerle responsable del adelanto soviético sobre Berlín. Por su lentitud en el avance a Roma. Y, por supuesto, como causante de la total destrucción de la bella e histórica abadía de Montecassino, cuyos tesoros artísticos fueron oportunamente salvados, quien lo creyera, por los propios alemanes. Hoy el monasterio se alza reconstruido gracias al esfuerzo y cariño de los italianos. El general Clark, a pesar de haberlo ofrecido, no puso un solo ladrillo.

Nápoles seguía siendo una ciudad olvidada por los aliados, y ahora castigada por los nuevos enemigos, los ocupantes alemanes. A ellos se unía también la fracción fascista de la República de Saló, y en los últimos días de septiembre de ese 43, el infierno calcinó los últimos restos de la ciudad. Nadie sabía quién era, si amigo o enemigo, si podía salvarse la vida o si debía perderse, si cuanto se veía era realidad o una horrible fantasía. Así, como una pesadilla, Nápoles sufrió los llamados Cuatro Días, sin ley ni autoridad, en un escenario de pavor.

Las cuatro jornadas de Nápoles

Por razones incomprensibles, los aliados tardaron 23 días en ocupar Nápoles. Desembarcando en Salerno el 8 de septiembre, entraron al puerto el 10 de octubre las primeras patrullas inglesas. Los días anteriores, del 28 de septiembre a esa fecha quedaron para la historia como las cuatro jornadas de Nápoles. El armisticio nos tomó por sorpresa y colocó a los italianos en la peor situación imaginable. Habíamos dejado de ser aliados de los alemanes, y éstos nos trataban como enemigos, a un pueblo carente de elementos de defensa. Se nos veía como adversarios, sujetos a las consecuencias del cambio de frente. Por las calles se arrestaba a cualquiera, civil, o militar, para ser llevado a trabajar a Alemania o países ocupados por ella. Nos pasó con mi tío Rafael, hermano de mi padre, quien desapareció y lo estimamos muerto. Un buen día volvió a casa al ser liberado por los aliados terminada la guerra, y parecía increíble ver en pie a quien sólo pesaba 40 kilos.

Los soldados del ejército italiano, desconcertados, buscaban lugares para esconderse y escapar del secuestro alemán. Comenzó una escasez de alimentos cada vez mayor, se provocaron saqueos en lugares donde podía haber víveres o algo de comer, causando a su vez las consiguientes matanzas por las fuerzas de ocupación alemanas. Siguiendo órdenes de sus comandantes, cortaron el servicio del agua de la ciudad. Si a esto se agregan los tremendos derrames de las aguas negras de un drenaje destrozado, y la desaparición de quienes no podían huir a tiempo de ese infierno, tendremos una idea del estado de ánimo de una población sin

comida, ni capaz de servir de alivio en la catástrofe.

Con la situación cada día más dura, se produjeron las cuatro jornadas de Nápoles. Fueron días en donde no hubo leyes algunas, sino sangre y muerte. En todos los barrios de la ciudad se formaron bandas de muchachos con armas obtenidas de donde se podía, asaltando cuarteles, desarmando y matando alemanes, cometiendo saqueos en cualquier lugar sin importar clase ni condición. En mi barrio, integramos nuestro grupo de combate.

Me apoderé de una ametralladora de 35 mm., del cuartel militar de Vía Foriá, y otras armas, como rifles y granadas del cuartel militar de Vía Arenaccia, frente a la plaza de Carlos III, mismos que se encontraban completamente abandonados.

La guerra es un manojito de acaeceres en donde convive la crueldad más extrema con la generosidad más extraña. Forman parte de una gama infinita de posturas humanas, llegándose a lo cómico y hasta lo ridículo, a pesar de su entorno violento y explosivo. Cuando fuimos aliados de los alemanes, antes del sorpresivo fuego del 8 de septiembre del 43, estos señores extremaron cortesía e hicieron gala de las buenas maneras. Convivíamos casi fraternalmente, o por lo menos no hacían sentir su poderío, respetando a los militares y tratando con suavidad a los civiles. En cuanto al Rey Víctor Manuel por consejo y con la firma de Mariscal Pietro Badoglio se rindió a los aliados ese 8 de septiembre, la situación dio una voltereta como la de la noche al día. Desde ese momento empezó el viacrucis para los napolitanos, con los enemigos dentro de su casa, armados hasta los dientes para hacer de las suyas, y los nuevos aliados, ingleses y norteamericanos, sin querer entrar al puerto, hasta en tanto desapareciere el peligro. Claro está, a costa de nuestra población civil, y sin dejar de sufrir los italianos, antes y después, ser los vencidos. Después de terminada la guerra por estos actos heroicos antes mencionados la ciudad de Nápoles fue condecorada con la medalla de oro al mérito cívico.

Pasaron las cuatro jornadas de Nápoles. Hubo necesidad de convivir con los nuevos aliados, mientras los ingleses hacían gala de su postura racista y de venganza contra quienes habían tenido la mala suerte de hacer causa común con los alemanes, los norteamericanos mostraron más humanidad en su trato. Un acierto

indudable del comando de estas fuerzas, lo fue el procurar contar con soldados de origen italiano, a quienes con afecto les decíamos «paisá». Y nacieron vocablos propios de ese hecho. Muchos niños, los famosos scuñizis napolitanos, sacaron sus cajones de bolear y se les identificó también como «Sciusciá», apócope de las palabras inglesas Shoe Shine.

No conocíamos los alimentos en polvo, y fueron traídos por ellos en sus barcos Liberty, llegados por cientos al puerto de Nápoles. Comenzaron la limpieza y la acción sanitaria para evitar epidemias, a punto de estallar. Volvió el agua a la ciudad, empezaron a limpiarse los escombros y a repararse el alcantarillado. Gracias a enorme cantidades de D.D.T. la situación epidémica de piojos logró controlarse. Muchas familias regresaron del campo a ocupar casas y edificios semidestruidos, como lo hicimos nosotros poco antes del armisticio del 8 de septiembre. Las palabras alemanas en letreros y avisos desaparecieron como por encanto, y por todas partes empezaron a brotar palabras en inglés, para orientar a ocupantes y ocupados.

Volvió a vivir

Por fin, Nápoles volvió a vivir. Le tocó en suerte ser de las primeras ciudades de Europa liberadas por los aliados, y eso permitió una lenta y segura reconstrucción. Poco a poco, y a pesar de nuestro carácter de vencidos, vimos salir el sol como antes, y volvimos a contemplar el parpadear de las estrellas y la sonrisa de la luna. Mientras los combatientes se retiraban hacia el norte para romper el frente alemán en Montecassino, tuvimos luz eléctrica. Volvieron a verse caras alegres, las mandolinas comenzaron a entregar la dulzura de su música y Nápoles volvió a vivir.

Sin bombardeos ni metralla, comenzó la vida normal de trabajo de un gran puerto, reconstruido lentamente para servir de camino a los ejércitos aliados. Todos cuantos podíamos hacer algo para rehacer nuestras vidas, buscamos una tarea y unos céntimos.

Yo estaba a punto de cumplir los 15 años y las experiencias habían sido espeluznantes. Cuando recapacito en ello, a década de distancia de estos sucesos, me estremezco y doy gracias a Dios de estar con vida. Mi padre volvió al hogar de la guerra, sano y salvo.

Antes del avance aliado hacia Montecassino, hice muchas cosas para poder vivir. Mi padre me lo había dicho, debes traer dinero para contribuir a la familia. Aguza tu ingenio y haz grande tu esfuerzo. Una ocupación grata, por cierto, era el servir de cicerone para visitar el Vesubio, Herculano y Pompeya y las Islas del Golfo de Nápoles, Ischia, Capri, Sorrento y la costa de Amalfi. Me convertí así en uno de tantos guías de turistas de esa época en los vehículos de los militares ocupantes, y empecé a hablar inglés para poder entenderme con los clientes. Intercalaba esta actividad con la de vendedor, de artículos típicos napolitanos como camafeos y otros, como también hasta el aire de Nápoles enlatado. La normalización de la vida napolitana estaba en marcha, y fue así posible aficionarme a la música y al arte de todo género, especialmente el operístico. Lentamente conocí voces muy bellas como la de Beniamino Gigli, Ferruccio Tagliavini, María Caniglia, Italo Tajo, Gino Bechi. Toti dal Monte, Tito Gobbi y muchos más. Además fui testigo del resurgimiento del arte teatral así como de la revista musical, y en muchas intervine como comparsa, pensando en ganar algo. Además, en ciertos lugares, me convertí en ayudante de escenógrafo, por mis pocos conocimientos de ebanistería, adquiridos de mi padre, y otras veces funcioné como ayudante de tramoyista hasta de comparsas en las funciones operísticas.

Los Teatros eran San Carlo, San Ferdinando, Bellini, Mercadante, Politeama, y otros más.

Recuerdo el nombre de algunos artistas, los hermanos De Filippo, Totó, Nino Taranto, Macario, Rascel, Wanda Osiris, Elena Giusti, Carlo D'Appórto, y otros.

En esas danzas se pasaron casi dos años. Cumplí por mi parte con la promesa de mi padre. No puedo olvidar cuando estrené mi primer traje de pantalón largo, con corbata y camisa fina. Muchos lo lograban con dinero de sus padres, pero yo tuve la dicha de tenerlo por mi esfuerzo. No pude continuar los estudios, el destino no me concedió llegar a médico como fueron mis deseos. Lo logré con mi hijo Vincenzo, y eso me enorgullece.

La guerra continuaba, Montecassino destrozado y Anzio barrida, Roma cayó en manos del General Clark y los combates se concentraron en el norte de Italia, se desplomaron Mussolini y

su República de Saló y por último llegó la masacre de Berlín, con la muerte de Hitler y la rendición incondicional de Alemania en mayo de 1945.

Servicio militar

Era a mediados del 48, ya había cumplido 19 años, conseguir un buen trabajo era algo muy difícil. Las plazas se otorgaban a excombatientes de los diversos frentes de batalla, a los padres de familia para poder mantenerla, o jóvenes diplomados. En ninguno de estos grupos encajaba. Por supuesto, la buena salud de cuerpo y de alma me acompañaban.

Recibí la llamada de mi gobierno para ingresar a la marina de militar italiana, cumpliendo mi servicio militar obligatorio.

Fui asignado al batallón de San Marcos de Venecia, para hacer mi academia en la ciudad de Modena, la quinta en importancia de los centros de adiestramiento militar y me convertí así en un soldado italiano equipado a la inglesa.

En la marina estuve casi 12 meses. Antes de pedir mi cambio a Nápoles en el hospital de la marina, algunos compañeros y yo hicimos la solicitud para ingresar al Cuerpo de Guardias de Seguridad Pública Federal del Gobierno italiano, en Roma. Había aparecido un bando, solicitando personal. Fuimos aceptados dos, el autor de esta historia y su compañero Pasquale Vollero, quien todavía presto sus servicios en esa institución hasta su pensión.

Roma

Un buen día me presente en Roma, al llamado de la Dirección General de la Policía Federal del Ministerio del Interior. Sería a fines del año 1950. Era Año Santo, celebrado cada 25 años, y Pío XII, Eugenio Pacelli encabezaba la cristiandad. Era impresionante el río humano por las calles de la Ciudad Eterna, con gente que llegaba de todas partes del mundo, en fervoroso deseo de conocer a Su Santidad. Me enviaron de inmediato a la Academia de Policía llamado Castro Pretorio, a un lado de la Estación de Termini. Recibí un curso somario especial sobre funcionamiento

de las guardias, sus reglamentos, las características de sus servicios, aplicación de las leyes contenida en los Códigos Penales y Procesales, y todo cuanto era indispensable para el correcto comportamiento del policía. Esto previo a un curso oficial de un año posteriormente.



Seguía en mi vida obrando el destino, señalando el camino a seguir de aquel muchacho, jovenzuelo del barrio de la Porta de San Gennaro, convertido ahora en un recio mozo, con uniforme brillante e insignias de un cuerpo público importante.

Cada hombre tiene su mundo, el derecho para moldearlo a su manera. Yo tenía mi mundo, y en él, era el más importante. Recordaba mi niñez en mi viejo barrio napolitano, mi lucha para

conseguir alimentos en mi pueblo, mis andanzas por los caminos buscando comida, los horribles días en aquella guerra interminable, los problemas para sobrevivir, mi ciudad destrozada entre el horror de los bombardeos y los gritos de los despedazados por las bombas, y todo cuanto había sido un infierno dejado atrás. Daba gracias a Dios por concederme la vida por haberla respetado a mis padres y hermanos, y por todo cuanto hizo por mí. Hoy me sentía orgulloso, había formado mi mundo y ahí estaba erguido y limpio de cuerpo y alma sirviendo, otra vez a mi país en sus fuerzas de policía. Pero más todavía, en algunas ocasiones como guardián de la vida y seguridad del Pío XII, Pontífice Máximo de la Cristianidad en la Plaza de San Pedro.

Hoy, años después, cierro los ojos y me veo pasar en mi recuerdos de mi juventud frente a San Pedro, junto a tantos miles de fieles venidos de tantas y tantas partes del mundo luciendo con orgullo mi uniforme de quien se siente, entre otras cosas, guardián de un gran hombre, Eugenio Pacelli, Pío XII. Su existencia en cierta manera fue trágica por la guerra despiadada entre los hombres, capaces de olvidar las palabras de Cristo llenas de paz y derramando vida. Declaró a Roma ciudad abierta, buscando de alguna manera evitar la muerte, y lo logró salvar de la destrucción a la Ciudad Eterna.

Nadie es capaz de prever su futuro. El destino nos trae el gargete en la tormenta de la vida diaria. Yo me sentía, por fin, seguro y tranquilo, iniciando bajo los mejores auspicios una carrera capaz de concederme mucho en la vida. Empezaba a dar pasos firmes para formar mi carácter y poder obtener los grados necesarios para ingresar, algún día, a mis estudios formales académicos. Ingresé a la Escuela Massaruti, anexa al Colegio Pío Latino, destinado a dar instrucciones a los guardias de diversos cuerpos de seguridad.

De pronto recibí el flechazo causante de perder aquel mundo, para entrar en otro muy diferente. Todo por conocer en Roma, a Lucila Díaz Orópeza, estudiante mexicana de canto, becaria regional montana y poco después mi esposa.

Aquí empezó a dar vuelta la aguja, se cerró el mundo de Italia

y se abrió otro, el de México.

Y así, con altas y bajas, luces y sombras, alegrías y dolores, días bellos y noches tenebrosas, el muchacho de la Porta de San Genaro, dejó aquí escritas sus andanzas por su país natal.

El otro mundo

Yo si acaso conocía, por pequeñas referencias geográficas, el otro lado del mar, la América. Por muchos años, también lo sabía, la corriente migratoria italiana había sido muy fuerte para las países del nuevo mundo, sabía también su lejanía, la existencia de razas y culturas diferentes, la diversidad de lenguajes y el fenómeno curioso de existir, integradas por emigrantes italianos, ciudades más grandes y mejores quizás a las de Italia. Siempre, desde mi niñez en la escuela, tuve sentido de orgullo de la sangre latina, y gran parte de mi educación, lo dije antes, se realizó cobijada por la grandeza de aquella Roma Imperial, tan cerca de Mussolini, pero nunca pasó por mi mente la más ligera idea de pisar algún día como emigrante la tierra americana.

Yo quiero, antes de continuar mis andanzas en este otro mundo, dedicar lo mejor de mí pensamiento a mi país de adopción, México. Jamás olvido mi origen, me siento orgulloso de mi estirpe, en todos mis actos, sin excepción, he cuidado lo más íntimo de las esencias y valores del país donde nací, donde sufrí y me hice hombre. Si la suerte o el destino escogieron a México para integrarme también a este gran país, debo hacer de esta página un canto a México, a sus hombres, a su gente, al espíritu cordial, honesto y de altura de quienes conmigo han compartido estos maravillosos años pasados en América. Con el tiempo he visto el mismo cielo, he sentido el mismo viento, por las noches sus estrellas caen también como gotas de plata del cielo de Nápoles, su bandera tiene los colores de la mía, los amigos son también de la misma clase de quienes me rodearon y me siguen todavía saludando y viendo cuando vuelo a Nápoles. Y espero continuar hasta el último instante de mi vida compartiéndola con los de aquí y los de allá, con el mismo sabor y la misma alegría humana.

Entré a mi nuevo mundo casi sin darme cuenta. De la inocen-

te caminata acompañando a Lucila como ave sin rumbo, al lugar dónde debería registrarse como estudiante, oficina de emigración, siguieron los encuentros diarios, las conversaciones entre quienes buscan algo en común y empezó una amistad convertida en amor pocos días más.

Y entonces empezó a gestarse, lentamente, pero cada día con mayor intensidad, el más grave problema personal al cual me enfrenté sin saber ni cómo. Ni mi niñez en el barrio, ni mi juventud primera entre la metralla y los bombardeos de guerra, ni las Cuatro Jornadas de Nápoles, ni mis angustias como vendedor siguiendo invasores para conseguir comida para mi familia, ni nada llegó a ser tan fuerte y tan doloroso como mi aventura hacia América. Hoy, cuando ya triunfé en la vida, mi único hijo triunfó como médico, se casó y soy abuelo, me pongo a pensar en cómo y por qué emprendí esta aventura, y me vienen a la memoria las novelas de Julio Verne, en donde corretean, juegan, sufren y mueren los personajes increíbles. Pero más, más increíble, fue mi aventura, abrir la puerta al otro mundo de Salvatore Sabella.

La despedida

Comunicar a mis padres y hermanos mi decisión de emigrar, cuando ya tenía un empleo sólido y una perspectiva de vida mejor, fue una tragedia. De verdad, no sé cómo tuve valor para afrontarla. Duros reproches de mi padre, abundantes lágrimas de mi madre y mi abuela, gritos de mis hermanos y hermanas, nada valieron. Algo semejante había pasado con mis superiores con querer demostrar mi torpeza y mi error, fueron más allá, me creyeron loco. Y es cierto, por mi cabeza pasaban fantasías y pasiones, menos ideas razonables. Dejar un empleo seguro, en un ambiente de serena complacencia y bondadoso trato, era un hecho fuera de lo común. Tomada la decisión, me asaltó una inquietud. No tenía dinero, ni ahorros, ni manera de contar con lo necesario para embarcarme. Cuando nos invade un propósito, hacemos trabajar la imaginación rascamos paredes y buscamos afanosamente la salida, en lugar de sentarnos en la cueva mental y dejarse llevar

por la desesperación. Yo tenía necesidad de viajar a América y lo haría, y lo hice.

Quien me dejó ver la luz por una rendija fue mi tío Peppino Sabella, primo segundo de mi padre. Déjame buscar en el puerto algún vapor, con carga para las costas americanas y tocando Veracruz. Escuché por primera vez Veracruz, con sabor a tierra lejana y misteriosa. Mi tío consiguió el barco, Andrea Gritti, único mercante con mayor tonelaje después del desastre de la guerra. Era para carga y emigrantes, durmiendo en literas improvisadas en las bodegas del barco. No recuerdo si fueron 200 dólares más o menos, los junté vendiendo algunas cosas, un poco me dio mi padre, y Lucila me envió de México un giro por el equivalente a 3,000 pesos mexicanos, prestados por don Roberto Odriozola, Gerente del Banco Industrial de Monterrey. Ella firmó un pagaré, yo también lo firmé cuando llegue a Monterrey, para pagarlo a su vencimiento. No sólo adquirí el pasaje, sino algunas pequeñas cosas de artesanías para venderlas en el país desconocido.

El 24 de julio de 1954, cumpleaños de mi padre, dejé las aguas de Nápoles y perdí el horizonte su figura y la de mi tío Peppino. Y empezó la aventura de un largo mes de viaje. Con paradas en Cádiz, Lisboa, Tenerife, La Guaira, la Habana y Veracruz.

Llegue a Veracruz el 19 de agosto de 1954, con un calor africano, me dirigí con mis cachivaches a la estación de autobuses. Por primera vez me di cuenta de la lejanía de Monterrey. Ahí me informaron, vaya usted primero a la Ciudad de México, son 6 horas, y luego preséntese en el ferrocarril y ahí tomará un tren hacia Monterrey, a donde llegará 24 horas después. Dios mío, a donde vine a dar, esto es el fin del mundo.

Pero al principio de toda una serie ininterrumpida de sucesos, de emociones, errores y fatalidades, prontas a hacer crisis en el momento preciso. Y así llegue a la Ciudad de México, no conocí nada de ella, sino la vieja estación de Buenavista, compre el boleto y me subí a un tren, capaz de competir con el folklore maravilloso pero inquietante del transiberiano, tal y como lo cuentan quienes lo conocen. Mi manera de vestir y viajar provocó indudablemente



1934. Primero a la izquierda, Salvatore Sabella , en el barco “Andrea Gritti”, viajando hacia Veracruz, México

la impresión de ser o un político eminente, o un enfermo mental. Había campesinos, niños llorando, perros en canastas, gallinas por donde quiera y yo, famoso turista italiano, de saco y corbata y elegante sombrero.

Después supe el nombre del popular de ese tren, le decían La Marrana, pero yo no sabía. En cada estación paraba, subían y bajaban gente, campesinos, trabajadores, por primera vez oí la palabra tacos y enchiladas ofrecidas por las ventanillas, irrespetuosas moscas se mostraban tercas en repartirse la comida, se ofrecían gaseosas o refrescos de raros sabores, y todo cuanto brota y rodea a ese pequeño ferrocarril en las 24 horas de su itinerario. Yo había caminado, en tiempos de paz y en tiempos de guerra, en los ferrocarriles de Italia, y los veía como un sueño y una fantasía. Esto, decía yo, no puede ser, pero era, y así en esa lucha conmigo mismo, llegué a Monterrey la mañana del 21 de agosto de ese año.

Y de golpe y porrazo está aquí el intruso. En primer lugar, debo haber parecido como un extraterrestre, el traje arrugado, el cuerpo lleno de hollín de la locomotora y convertido en Santo Cristo. Yo me sentía hundido en el pozo más raro, el otro mundo, una estación rodeada de gente humilde, casitas de madera, tejabanes, pocos automóviles y un ambiente para mí de tristeza y desencanto, capaz de hacer soltar lágrimas.

Pero faltaba completar el cuadro. Tomamos un taxi, un fortingo de 1929, de mi misma edad. El chofer se resistía a llevar en su coche, de capote de tela ahulada, mi veliz, una enorme caja de madera con figuras religiosas y floreros de cerámica, una bolsa de tela con ropa y otra caja más. Lo convencimos llevando los pasajeros todo en las rodillas y la emprendimos por las calles raras del centro de la ciudad al domicilio de Lucila.

En Monterrey

Lucila vivía con sus padres en un pequeño departamento cercano a la Iglesia de los Dolores. La familia había emigrado de Santiago Papasquiaro, Durango a Monterrey por los años 40. El padre, un buen hombre, se desempeñaba como empleado de confianza de un rico industrial, y de sus dos hermanos, uno estudiaba medicina y el otro era agente de comercio. Su hermana también estudiaba y Lucila trabajaba en el Instituto Tecnológico de Monterrey, contribuyendo fundamentalmente a los gastos del hogar. Era una familia modesta, sencilla, en donde cayó de pronto un extraño, dizque novio de una de las hijas, en viaje para contraer matrimonio con ella.

Vale la pena imaginarse el cuadro. Un forastero sin papeles como no fueran los de pasaporte, sin dinero y con cara de asustado, sin trabajo y con hambre, agregándose a una modestísima familia y, lo peor, querer quedarse a dormir ahí, por no tener otro lugar donde hacerlo. Es de imaginarse la sorpresa de quien recibe un nuevo huésped, por la gracia de Dios y la debilidad de una muchacha becaria en Roma, quien además de su diploma traía en el bolsillo la promesa, eso sí formal, de un súbdito de aquellas tierras, deseoso de agregarse a la familia por sus pistolas.

Los familiares se cruzaban miradas de azoro, preguntándose a donde iría a pasar la noche, y yo con los pelos de punta, sabedor de no tener otro lugar a donde ir, ni dinero para tomar un vaso de leche y sin quien tendiera la mano a tan ilustre visitante de un mundo desconocido. Era un ambiente casi de terror, para mí y para ellos, yo, sin hablar ni entender el castellano, y ellos con excepción de Lucila, sin entender ni hablar el italiano.

Yo pienso que en el martirio de esa familia invadida por un intruso. Eso sí, enamorado de la niña, cuyo ingreso era indispensable para ayudar a mantener el hogar, y el nuevo huésped empeñado en meterse a casa ajena para llevarse a quien en parte la sostenía. Esto parece argumento de película italiana.

El 10 de octubre de 1954, mes y medio después de mi llegada a Monterrey, contraí matrimonio con Lucila Díaz Orópeza, por lo civil y por la iglesia el 24 de ese mismo mes, en el Templo del Espíritu Santo, de la Colonia Anáhuac, con el padre Silvio Masante, quien me ofreció sus servicios sin cobrar un centavo. Fue una boda muy simple, modesta sin recibimiento alguno, todo terminó en el atrio de la iglesia. Y así empezó mi vida en Monterrey.

Abriendo camino

Si bien por los años 50 Monterrey, con sus industriales era una pujante población mexicana, ejemplo de laboriosidad y almacigo de hombres audaces, la ciudad todavía tenía rasgos de provincia. La vida era dura y más para un forastero, pero la gente de esta porción de la nación mexicana tiene una virtud, reconocer al hombre trabajador, respetado y ayudarlo. Siempre lo hace, como lo fue en mi caso. Siento como obligada gratitud dejar escrito, para satisfacción mía y de quienes me estiman, la dicha de haber compartido con muchos, en este suelo y cabe de montañas, el destino de quien vino siguiendo una bella mujer desde Italia.

En mis andanzas por mi país de origen, he dejado la historia de un muchacho capaz de sobrevivir en el enorme destrozo moral de la Segunda Guerra Mundial. La suerte me condujo de la mano para salvarme, hacerlo con mi familia y darme la oportunidad, así lo considero, de probar mi espíritu y mi fortaleza en un país lejano, ahora mi patria. Cuanto más me fui adentrando en los hogares regiomontanos, conociendo las excelencias de su espíritu y la nobleza de su conducta, más me siento obligado a dejar constancia de mi fortuna, por haber construido aquí mi hogar.

Aquí he aprendido las virtudes más valiosas del hombre, su perseverancia en el trabajo, su terquedad en hacer las cosas bien o mejor, el abrir fuentes de trabajo invirtiendo los ahorros para poder tender la mano a otros en ese infinito camino del diario quehacer, el propósito de hacer de la palabra y la promesa una conducta firme, donde jamás se falte a su cumplimiento. Me considero un hombre capaz de hacer ya míos, por derecho propio esta tierra, estas montañas y estos valle, suficientes además para hacer del hombre el más bello producto de la naturaleza.

Nadie me mira como extraño, ni jamás en la lucha por formar mi hogar tuve obstáculo para hacer de él, el refugio de mi vida. Mi hijo, quien lleva el nombre de mi padre, fue siempre distinguido en su escuela y en la Universidad, y obtuvo por su esfuerzo los mejores lugares en la actividad académica de su escuela, respetado por sus amigos y con el afecto de sus maestros.

Ni pedía cuartel ni lo di a nadie. Conocía mis limitaciones y sabía cómo superarlas. En todo obra la mano de Dios si hacemos vigente el viejo refrán de ayúdate a ti mismo, y Dios te ayudará. La ilusión de mi vida, cumplida la palabra a Lucila, era posibilitarle su ascenso en su mundo musical. Pero además, muy en el fondo de mi conciencia, estaba otro compromiso, el demostrar a mis padres y mis hermanos el buen éxito del emigrante, siguiendo sueños y cruzando mares para llegar a la cima. Nunca me arredaron los fracasos, ni jamás tuve miedo para enfrentarme a las peores tempestades.

A veces, es verdad, me asaltaba la idea de cómo y por qué lo hacía. Mi vida en Italia era más o menos tranquila, un sueldo razonable, una clara posibilidad de ascenso y un país caminando por sendas nuevas, dejando atrás la noche tenebrosa y terrible de la guerra. Pero tengo también derecho de decirle a los míos, a mi gente y a mis amigos, el propósito firme de dar la espalda a las derrotas y buscar el sol de frente.

Empecé a hacer amigos, y encontré en ellos comprensión, afecto y deseo de servir. Jamás ninguno de ellos, ni este país, ahora el mío, me vio con desdén o le brotó la envidia.

El Rey y yo

La historia de Italia a través de los siglos ha sido la de Europa, un incesante ir y venir de pueblos, hombres y gobernante. Hablar del pasado, era hablar de reyes y monarquías. Ni por un momento podíamos pensar en su desaparición. Sabíamos, cada quien lo enseñaba a su manera, los esfuerzos para lograr la unidad de Italia. En nuestros oídos, resonaba siempre el nombre de Garibaldi como el más cercano libertador, triunfante de monarquías extrañas y dominador de la iglesia universal, el Papado. El señor Mussolini, cuyo nombre sonaba como el más alto representante de los intereses nacionales, respetaba a la monarquía y, por interés propio, hacía resaltar la importancia de la casa de Saboya, de la cual provenía nuestro Rey, Víctor Manuel III. No sólo para celebrar los fastos nacionales, el Rey Víctor Manuel y la Montenegri-
na Reina María Elena ocupaban el sitio de honor. También con frecuencia, lo hacían el heredero del reino de Italia, Humberto II, Príncipe del Piamonte y su esposa María José de Bélgica, hoy residente en Cuernavaca. Dejó de ser Rey el 2 de junio de 1946, al transformarse Italia en República.

Pasaron los años, logré regularizar mi vida en Monterrey y un buen día, quien lo creyera, retrocedí 30 años. El Conde Olivieri, Secretario particular del ex Rey don Humberto II exiliado en Cascáis Portugal, quien se encontraba de visita en México, años después de su abdicación, invitó al Cónsul de Italia en Monterrey, profesor Giorgio Berni, para trasladarse a saludarlo a Ixmiquilpan, Hidalgo, en donde vivía un misionero italiano, hermano del Conde y muy amigo de Berni. Extendió la invitación a don Genaro Fusi y a mí. Y de pronto, me encontré de nuevo, en un lugar muy pequeño de México y en forma para mi milagrosa, frente a su majestad en el exilio, don Humberto de Italia, fue emocionante compartir él la misma mesa, más todavía comunicarle haber sido yo aquel niño de Nápoles, llevándole flores a su esposa a nombre de mi Colegio, en mi niñez. Cómo es posible, dijo él, que estas cosas sucedan, y con emoción me abrazó con los ojos húmedos, recordando los tiempos de su reinado y las circunstancias capaz de reunir, después de tres décadas y al otro lado del mar, a quien

un día fue Rey de Italia y al niño de aquel colegio, una hermosa mañana, con el brillante sol de Nápoles y la alegría de vivir.

Por un instante recordé las páginas de «*Corazón*», obligado libro de lectura en países italianos, aquella fresca mañana de abril en Turín, a la llegada del Rey Humberto I, abuelo de quien hoy me tuvo en su mesa. Sentí la misma emoción del leñador Coreta, cuando detuvo el cortejo real con la frase de estremecer a quienes lo escuchaban, «*cuarto batallón del 49*». Y cuando el Rey hizo retroceder su carroza y le dio la mano a un soldado, éste la mantuvo en alto para pasarla por la cara de su hijo y decirle, temblando la voz, te acaricia el Rey por mi conducto. Yo no tenía en ese momento a nadie a quien darle el abrazo del Rey Humberto II, ni a quien pasarle la luz de su mirada ni la majestad de su porte, pero cuando regresé a Monterrey, todavía con la emoción del encuentro, se lo di a mi hijo, y le dije lo mismo, con gran emoción: Te lo manda el Rey.

Guardo en mi memoria como regalo del destino, el día del encuentro con su majestad don Humberto II, en ese lejano lugar de México, Ixiquilpan, a miles de leguas de nuestro país natal y rompiendo el velo del tiempo. Lo acompañé visitando lugares, viejos monasterios y ruinas arqueológicas. Y conservo su fotografía dedicada a mí enviándome, firmada en Portugal, dejando por siempre y para siempre constancia de una emocionante reunión, la del Rey y yo.

Dios mío otra bomba

Todavía a la fecha, y no deja de ser frecuente, me despierto sobresaltado en las noches, volviendo a escuchar el fragor de la guerra y la terrífica explosión de las bombas por las ciudades y caminos de Italia. No se trata de un hecho aislado, el fenómeno es común en quienes, sin importar la edad, fuimos actores de un drama, el drama de la guerra europea. La violencia deja huella, trastorna espíritus, destroza valores. En el curso del tiempo el hombre ha cruzado barreras antes respetadas. El arte de la guerra es para los soldados, nunca para los civiles, las naciones quedaban a merced del triunfador, es cierto, como actor posterior a la gue-

rra y con consecuencias diversas, sin estar ausentes la crueldad, la intemperancia y el terror. Pero la guerra se entabla entre hombres enseñados para hacerla, cada vez como más refinamiento, como hoy se llama a la técnica aplicada al combate.

Había pues, campos vedados a la violencia de la guerra, las ciudades, sus pacíficos habitantes, los niños y mujeres, templos y hospitales, y otras maneras, formas o conductas para conducir la contienda por los caminos tradicionales del respeto a la vida civil.

El juego ha cambiado, las reglas se han trastocado, la guerra es hoy el destruirse uno al otro, sin importar barreras o reglas antes respetadas. Al enemigo debe destruirse, atemorizado llegando a lo más recóndito de su hogar y nada debe impedir arrasar ni casa ni sementeras, ni hospitales, ni iglesias, ni escuelas, ni asilos. Nada debe quedar ajeno al afán de destrucción. Esto lleva al hombre a sufrir en su mente la perpetua lesión de la violencia vivida y sufrida, en donde el menor es heraldo de muerte o señal de exterminio.

El butanazo

Cuando llegue a Monterrey todavía sufriendo el colapso mental de la guerra. No había pasado un año de mi llegada a la ciudad, cuando fui testigo de un hecho horrible, el incendio de un autobús de pasajeros por el gas butano usado como combustible. Yo estaba en espera del camión para abordarlo, y antes de hacerlo, sobrevino el accidente y el camión quedó envuelto en llamas. Se vino a mi memoria de inmediato el bombardeo de Nápoles, el llanto de las mujeres, el gritar, el horror en las caras de todos y ese olor a muerte de la explosión del artefacto enviado por el hombre desde los aires para acabar con la humanidad. Me sentí de nuevo corriendo en mi tierra, sacando los heridos como lo hice aquí, pues entre las llamas me metí al camión y logre empujar hacia afuera a varias personas, Salvé así la vida de algunas, pero fue imposible continuar en aquel infierno y me vi obligado a brincar del camión para no consumirme yo mismo.

El accidente sucedió la tarde del 16 de junio de 1955 en la esquina llamada de «*La Alberca*», calles de Zaragoza y Allende. Por

cierto, frente a una gasolinera, con gran riesgo de población. Trece ocupantes del camión murieron y diez o doce más quedaron gravemente quemados. Recuerdo, con horror, la desesperación de una muchacha a quien salvé. Como se había quedado en el camión su hermana, volvió a entrar para sacarla. Ambas murieron en aquel horno. El suceso llevó entre otras cosas, a la prohibición de usar ese gas combustible en el servicio público. El accidente causó gran impresión en la ciudad, pero a mí me trajo otra mayor, la de volver a estar, por unos segundos, en el centro del infierno de la guerra.

Lucila «*Alondra de México*»

La vida artística de Lucila Sabella, pues así quiso llamarse, no fue espectacular, pero sí extensa y llena de amor a los demás. Cuantas familias de nuestro Monterrey la recuerdan en los matrimonios de sus hijos, llenando la iglesia de luz y color, como un arcoíris inolvidable. Grabó cinco discos, en donde dejó para siempre su presencia musical en ese mundo de fantasía, donde el hombre quiere arrebatarse a las aves la limpieza de sus trinos y la belleza de su armonía.

Me convertí en su mecenas, exagerando los términos, pues al principio carecíamos de lo indispensable. Poco a poco pude satisfacer las necesidades de nuestro hogar. Al final de su vida, me quedó la inmensa satisfacción de construirle una magnífica casa, darle los mejores muebles. Y no se diga, un bello piano de cola, y un repertorio musical de gran extensión, como también un vestuario extenso y hermoso, a la medida de su gusto e importancia. Mi pasión, debo decirlo con orgullo, fue hacerle sentir su importancia como intérprete musical.

El Cabildo de Monterrey le concedió una presea como ciudadana distinguida, e igual hizo la Secretaría de Relaciones Exteriores, otorgándole la medalla Águila de Tlatelolco. Un kiosco en la plaza Zaragoza y un kínder está dedicado a su memoria.

Lucila Sabella, madre de mi hijo, un buen día, 5 de junio de 1983, cayó enferma de muerte. Se fue el 11 de ese mes sin haber despertado, tal y como quizás lo quería, terminar su vida con la suavidad de un canto y la tranquilidad de mujer buena.

Mis primeros amigos

No será Monterrey la única ciudad en este país donde la amistad reine, como señora de todas las virtudes, pero sí es de aquellas señaladas para hacer del amigo una fortuna. Se formó sólo hace cuatro siglos, a golpe de martillo, en medio de montañas ayer verdes y tiernas, ávidas de calor humano. Hoy, sin perder su belleza, son ásperas y duras, concediendo a quienes aquí nacen y viven el fuerte escudo para enfrentar el mundo complicado, desterrando el desgano y aplastando la indiferencia. En la última centuria su desarrollo industrial acentuó su perfil del trabajo su religión, del esfuerzo constante enseñanza del respeto a sí mismo y a los demás una patente de origen apreciable sólo por quienes tengan el paladar en su sitio. Monterrey, ciudad del Norte de México, inteligente, es también baluarte para defender las mejores tradiciones mexicanas.

Aquí se es difícil, para quienes viene de tierras extrañas, dar el primer paso y lograr abrir la puerta del hogar vecino, pero cuando tal cosa sucede, éste se entrega sin medir tasas ni usar artificios. El crecimiento del país en sus últimas décadas puede haber cambiado algunos matices, por la influencia de los llegados a buscar un nuevo hogar en su propia patria, pero las reglas siguen siendo las mismas, y quien las entiende y las cumple, tiene asegurado su horizonte. La amistad exige entrega a los demás de lo nuestro, así sea poco o mucho y la feliz coincidencia de dar para recibir, la convierte en llave de todos los rincones y refugios de todas las penas.

La madeja de la amistad se fue tejiendo a partir de una amiga de mi esposa. Recién casada con el ingeniero Ernesto Romero Jasso, fue el primer amigo. A su vez lo fue el licenciado Jesús Guajardo Ramírez, posteriormente su maestro abogado también, don Pedro F. Quintanilla Coffin, y posteriormente el ingeniero Federico Garza Tamez. De pronto apareció en la escena un hombre del más grato recuerdo, don León A. Flores. El y su esposa Inés González, me tomaron cariño e hicieron mía su casa. Y siguió después la gente del barrio. El caballeroso y culto, Don Abelardo A. Leal Leal doctor Honoris causas en ciencias jurídicas. A través

de mi trabajo y de cuantos traté, conocí y recibí los beneficios del aprecio y la amistad de hombres de la talla de Lic. Raúl Rangel Frías, Lic. Ricardo Margáin Sosaya, don Eugenio Garza Sada, de su hermano Roberto y sus hijos.

Fue mi amigo don Andrés Chapa, con quien recorrí caminos de Italia, don José Calderón Ayala, Carlos Maldonado, el inolvidable Andrés Saucedo y sus hijos. Una distinción especial para mi amigo fraterno Federico Santos Ferrera. Me hicieron miembro de Caballeros de Colón y del Consejo Internacional de Buena Vecindad. Médicos de la calidad de Enrique C. Livas y Dante Decanini Flores, doctor Rafael Martínez y Marco Antonio Ugartechea me entregaron su afecto, y así lo ha sido con profesionales, comerciantes, industriales y tantos y tantos a quienes sería interminable mencionar. A mi esposa Lucila, a mí y a mi hijo nos colmaron de amistad y de afectos y los que aun viven lo siguen haciendo, de cuanto significa trato bondadoso, amistad llama y afecto inapreciable. Sí, es aquí difícil para hombres de tierra extraña dar el primer paso. Pero si el vecino le abre su hogar, la ciudad entera procura hacerlo con quien sabe y entiende las reglas de un juego iniciado hace poco también, sólo unos cuantos siglos, cuando un conquistador llegó a estas tierras de América y se plantó frente al bello Cerro de la Silla. Don Luis Carvajal y de la Cueva y después su lugarteniente Diego de Montemayor, escribieron en la arena las reglas de la vida, y no se ha borrado. A quien obra bien lo tratan bien. Quien obre mal, puede volver por donde vino. Así de sencillo es formar parte de este pueblo rodeado de montañas, de un país ya mío, por voluntad propia.

Un día regresé por unos días a Nápoles y a mi viejo barrio de la Porta de San Gennaro. Fue un viaje feliz, volvía a ver a mi madre, sana, vigorosa e increíblemente juvenil, rodeada no solo por sus hijos, sino también por sus nietos y bisnietos, como si esa vida intensamente familiar le conceda nuevos amaneceres, radiantes, dichosos, siguiendo los pasos de su abuela y su propia madre, para llegar a una longevidad respetable y sana.

Volví a convivir con mis hermanos, con sus familiares, con la gente de mi barrio, despacio, muy despacio, gozando intensamente. Todo estaba en el mismo lugar, dándome la sensación de haberse detenido el tiempo para esperar mi regreso.

He dejado aquí mi historia. No podré escapar jamás a la nostalgia de Nápoles, de su gente y de los míos. Al fin y al cabo, tenemos el mismo cielo, gozamos del mismo sol, y nos cobijan los colores de una misma bandera. Y el castigo de nostalgia lo descarga también sin piedad sobre mi Monterrey, cuando trato de dejarla por unos cuantos días. A pesar de todo, el hombre feliz entre dos mundos de una misma tierra y los mundos de Salvatore Sabella.